

Finalista PREMIO NOVELA JUVENIL

Antídoto

JUDIT SADURNÍ



Y allí me encontraba yo. El más que temido jueves treinta de junio había llegado y, aunque pareciera mentira, mi madre había cumplido con su amenaza, poniéndome la maleta en la mano y la mochila en los hombros, y despidiéndose con un beso en la frente mientras me aseguraba que este iba a ser, con diferencia, uno de los mejores veranos de mi vida. Así comienza la odisea de Delia, la protagonista de esta novela, que está a punto de volar hacia una ciudad extranjera para formar parte de un campamento de verano. Lo que no sabe todavía es que va a adentrarse en una emocionante aventura repleta de sorpresas y algún que otro contratiempo. Antídoto habla de la historia de este viaje. De las amistades que de verdad merecen la pena y de las que no. De las risas que pueden convertirse en llanto. Del encuentro accidental con el primer amor. Del choque frontal con la realidad, que no siempre es la que esperamos. Antídoto es la historia de Delia y del verano que va a cambiar su vida para siempre.

Cita

Antídoto: (Del lat. *antidotus*, y este del gr. ἀντίδοτος).

1. m. Medicamento contra un veneno.
2. m. Medicina o sustancia que contrarresta los efectos nocivos de otra.
3. m. Medio preventivo para no incurrir en un vicio o falta.

Real Academia Española

Despegue

Recuerdo que cuando era pequeña y las gotas de lluvia rebotaban contra los cristales de la ventana de mi cuarto, yo, tumbada sobre la cama, deseaba que la tormenta acabara y que los colores del arcoíris se dibujaran sobre el fondo del cielo gris. Mi madre, desde la puerta, solía decirme entonces que lo bueno se hacía esperar. «Lo bueno siempre tarda en llegar, cariño», decía su voz suave.

Aquella mañana de verano, llevaba cerca de dos horas sentada en la misma posición en uno de los asientos de plástico azul de la Terminal 1 del Aeropuerto de Barajas, esperando para montarme en un avión que ya superaba las tres horas de retraso y a la vez intentando con todas mis fuerzas resistir la golosa tentación de ponerme en pie, largarme del edificio por la salida de emergencia y coger un taxi para que nos dejara, a mí y a mi equipaje, de vuelta en casa.

Bonita estampa para ilustrar el inicio de mis más que merecidas vacaciones de verano. Pensé en las palabras de mi madre, las que de niña me reconfortaban durante los días de tormenta, las que me recordaban que lo bueno llegaría, «pero ten un poco de paciencia, Fidelia, hija». Aquella mañana también esperaba, llevaba horas esperando en el aeropuerto, una espera cansina que no sabía cómo iba a acabar. Porque aquella mañana yo no sabía qué era lo que había después de esa espera. Y, fuera lo que fuera, sospechaba que no sería nada bueno, nada que compensara todas aquellas horas de denso aburrimiento.

A mi izquierda, sentada en una posición altamente incómoda sobre otro asiento de plástico azul, una chica de cuerpo atlético y gesto delicado marcaba el ritmo de la música que salía de los auriculares de su ipod haciendo percusión con el tacón de sus sandalias color berenjena contra las relucientes baldosas del suelo. La chica del ipod lucía una melena leonina que le sobresalía por los dos lados de la cara y le bajaba hasta más allá de sus diminutas orejas. Sus rizos enzarzados delataban una permanente recién hecha y el color de su pelo, rubio ceniza, era claramente artificial. Los ojos de la chica eran de un azul cristalino, un color tan inusual que me pregunté si también sería postizo, igual que el de su cabellera. Su vestuario consistía en unos shorts de color rosa que dejaban buena parte de sus perfectas piernas al descubierto, y en una blusa blanca y semitransparente de estilo ibicenco que dejaba traslucir el estampado frutal de su ropa interior. Pronto me percaté de que buena parte de mis compañeros de viaje de sexo masculino tenían los ojos clavados en ella.

Las enormes pantallas de plasma que teníamos enfrente anunciaban que había un nuevo retraso para el vuelo BF37112 con destino a Edimburgo. La hora del despegue estaba ahora prevista para las dieciséis horas y veintisiete minutos. Cinco horas más tarde de lo que había marcado el horario inicial. Crucé los dedos de ambas manos y le rogué a alguna especie de divinidad celestial que fuera capaz de leer mentes que, por favor, el vuelo BF37112 con destino a Edimburgo fuera cancelado de una vez por todas.

A mi derecha, un chico de pelo corto y oscuro mascaba ruidosamente y sin parar un chicle de fresa ácida, con el que de vez en cuando formaba globos enormes que acababan indefectiblemente explotando, dejándole un rastro pegajoso en los labios y buena parte de la barbilla. El chico vestía una camiseta de manga corta de color verde con un logo en la parte frontal que no reconocí, y unos vaqueros raídos que se abrochaban unos veinte centímetros más

abajo de lo que sería considerado propiamente estético. Sus pies estaban metidos dentro de unas aparatosas zapatillas deportivas de color amarillo chillón y desprendían un persistente y desagradable olor a humanidad, que, mezclado con el aroma del chicle de fresa ácida, podía resultar ser bastante nauseabundo.

—¿Quieres un chicle? —me preguntó el chico de repente, sacándose un paquete de chicles del bolsillo de sus vaqueros andrajosos y mirándome a la cara por primera vez. Tenía muchos granos alrededor de la nariz y las cejas increíblemente pobladas. Algo parecido a unas patillas le bajaba hasta la curva de la mandíbula. Los pequeños cortes que se extendían desde la barbilla hasta los pómulos dejaban claro que al chico todavía le temblaban las manos a la hora de afeitarse—. Sin azúcar. Primera calidad. El sabor a fresa ácida dura hasta cuatro horas y media. Lo mejor en chicles que te puedes encontrar hoy en día.

—No, gracias —respondí yo secamente. Me removí en mi asiento y volví a dirigir la mirada hacia la pantalla de plasma. El vuelo BF37112 con destino a Edimburgo estaba todavía previsto para las dieciséis y veintisiete minutos. Miré mi reloj de pulsera digital y todavía eran las trece y cuarenta y siete. Todavía dos horas y cuarenta minutos por delante. Entonces me di cuenta de que ya era prácticamente la hora de comer y yo no había probado bocado desde las ocho de la mañana, pero de todas formas mi estómago tampoco se quejaba.

A mi alrededor, decenas de cuerpos de chicas y chicos de más o menos mi edad continuaban esparcidos por el suelo de la terminal; algunos de ellos se levantaban de repente y se desperezaban, agitando sus brazos en el aire. Otros, como yo, permanecían sentados en sus asientos de plástico azul, donde llevaban postrados desde las diez de la mañana. Las ridículas mochilas rojas con la doble ese de Surreal Summers bordada en amarillo estaban por todas

partes. Habría unas cuarenta. Una para cada uno de nosotros.

Surreal Summers era la agencia internacional que se encargaba de organizar viajes al extranjero para jóvenes de la que mi madre había oído hablar un fatídico sábado por la tarde en la peluquería de su hermana. En mi barrio, durante aquellos últimos años, parecía ser que la oportunidad de enviar a los hijos a cualquier lugar del mundo para estudiar inglés en verano era lo más original y moderno que unos padres podían ofrecer a sus retoños. Mi madre, al igual que muchas otras, había cometido el error de creer que su hija, por supuesto, no esperaba ni merecía ser menos que los demás. Y allí me encontraba yo. El más que temido jueves treinta de junio había llegado y, aunque pareciera mentira, mi madre había cumplido con su amenaza, poniéndome la maleta en la mano y la mochila en los hombros, y despidiéndose con un beso en la frente mientras me aseguraba que este iba a ser, con diferencia, uno de los mejores veranos de mi vida. Surreal Summers era, al parecer, lo que había al final de aquella larga espera en el aeropuerto, el destino del vuelo BF37112. Mi verano surrealista, según decían las letras de mi mochila.

Por descontado, aparte de su interés por mi progreso en el campo de las lenguas extranjeras, mi madre tenía otro motivo de mucho más peso para empujarme a esa especie de exilio veraniego. Porque ese iba a ser el verano en que mi padre iba a marcharse de casa, después de casi veinte años de matrimonio y convivencia con mi madre. Poniendo distancia de por medio, mi madre solo intentaba evitar que yo sufriera los daños colaterales del que sin duda iba a ser el verano más borrascoso de nuestro humilde y dulce hogar.

Será lo mejor para ti, hija. No vas a arrepentirte. Esas fueron las últimas palabras que me había dicho mi madre aquella misma mañana al decirme adiós.

Qué equivocadas pueden estar las madres a veces.

Pero ahora ya era demasiado tarde para compadecerse. Ahora ya era demasiado tarde para pensar en alternativas. En aquel preciso instante, mi padre probablemente ya habría dejados vacíos los cajones y su lado del armario, y yo me encontraba en el aeropuerto a punto de embarcarme en un vuelo rumbo a Escocia, rodeada de desconocidos con los que tendría que convivir durante las siguientes tres semanas y esperando a un avión que, tal vez en señal de malos augurios, había decidido venir a por nosotros cinco horas más tarde de lo que se esperaba en un principio.

Muchos de mis compañeros de viaje estaban hartos de esperar y no paraban de ir y venir, todo el rato de un lado para otro, mordiéndose las uñas, pegando fuertes suspiros, y algunos incluso tirándose de los pelos. Había entre ellos el típico que no sabía leer las horas en la pantalla de plasma y que cada dos por tres tenía que acercarse a uno de los monitores que nos acompañaban y preguntarle cuánto faltaba para que por fin pudiéramos largarnos. Esos eran los que más me ponían de los nervios. Se suponía que todos los que nos habíamos metido en esa aventura del curso de verano teníamos entre quince y dieciocho años, y que, a esas edades, se suponía que ya sabíamos comportarnos más o menos como personas adultas.

Suspiré por culpa del agotamiento. El viaje en el sentido estricto de la palabra todavía no había empezado y yo ya me sentía como si me hubiera pasado veinte días y veinte noches consecutivas sin descansar ni pegar ojo.

—¿Crees que va a llover en Inglaterra cuando lleguemos? —me preguntó el chico de mi derecha, el del chicle de fresa ácida sin azúcar pero de primera calidad. Al hacerme la pregunta, inclinó su cuerpo hacia mí y dejó caer su mano izquierda sobre mi brazo derecho. Su mano sudorosa y bronceada sobre mi brazo de piel pecosa y casi traslúcida. Me quedé mirando su mano sobre mi brazo y casi me pareció sentir que el excesivo calor que transmitían sus de-

dos se filtraba por los poros de mi pálida epidermis, algo que me incomodó en cantidad.

—No vamos a Inglaterra —repliqué, y en un brusco movimiento conseguí alejar mi brazo de su mano, recolocándome en mi asiento para oponer una distancia más o menos tolerable entre él y yo—. Vamos a Escocia. Edimburgo es la capital de Escocia. No es lo mismo Escocia que Inglaterra.

—Lo que sea —dijo él indudablemente molesto por algo, no logré averiguar si por el tono de sabelotodo de mi respuesta o por la brusquedad de mis movimientos a la hora de apartarme de él—. ¿Crees que va a llover?

—No lo sé. No tengo ni idea, pero creo que es bastante probable.

Me concentré en ignorar al chico y en mirar hacia otra dirección durante un par de minutos, tal vez así se daría cuenta de que yo no tenía ningún interés en mantener ningún tipo de conversación con él.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó de repente Fresa Ácida. Parecía ser que al final no me había salido con la mía y eso me irritó. ¿Qué quería ese chico de mí? ¿Por qué se empeñaba tanto en hablarme? ¿Es que no se había dado cuenta? Yo no era la chica guapa del grupo, ni siquiera era la simpática, no había nada en mí que pudiera ser más o menos interesante a los ojos de cualquier interlocutor.

—Delia —murmuré entre dientes.

—Yo soy Raque. Bueno, en realidad me llamo Roque, pero todos mis colegas me llaman Raque porque siempre estoy hablando de tenis y jugando al tenis y eso. Por lo de las raquetas, ¿sabes? Incluso mi madre me llama Raque. — Fresa Ácida se rio, todo dientes rosados y encías hinchadas, y me ofreció su mano sudorosa para que se la apretara. Acepté a regañadientes y noté como sus dedos estrujaban los míos en un apretón que duró unos diez segundos más de lo considerado cortés—. Me alegro de conocerte.

¿Se alegraba? ¿Por qué? Yo era la chica en la que nunca nadie debería fijarse. La chica de cuerpo desproporcionado, la de las piernas esqueléticas y los pechos ausentes. La de los pies grandes y las rodillas salidas. Mi cuerpo no tenía articulaciones, tenía ángulos rectos que salían disparados hacia todos los sentidos, dotándome de un aspecto francamente grotesco. Por no hablar de mi cara, que era demasiado redonda y demasiado pecosa. Ni de mis ojos, que eran de un marrón demasiado amarillento y de unas dimensiones demasiado grandes, tan grandes que me hacían parecer uno de esos personajes de manga japonés. Ni de mis dientes, que eran tan horriblemente gigantescos que, cuando en alguna rara ocasión me olvidaba de ellos y dejaba que se me escapara la risa, deformaban mi cara hasta convertirla en un surtido extra de teclas de piano.

Y finalmente, claro, no podía faltar la guinda del pastel. Lo que, por si todavía quedaba duda alguna, hacía que mi físico resultara de lo más patético que se podía encontrar sobre la capa de la tierra. Mi inconfundible e inigualable mata de pelo. Mi cascada ondeante de indomables mechones que coronaban mi cabeza y se iban por todos los lados desafiando por completo las reglas de la gravedad, y que, para colmo, eran ni más ni menos que de color rojo piméntón.

Yo ni siquiera llegaba a la categoría de chica del montón. ¿Por qué iba alguien a alegrarse de conocerme?

—¿Juegas al tenis, Dalia? —preguntó Fresa Ácida mientras su bola de chicle iba de un lado a otro de su boca. Estaba tan concentrada en intentar descifrar cómo era posible que una persona fuera capaz de articular frases enteras con semejante bola de chicle metiéndose por medio que ni siquiera me molesté en corregirle cuando se equivocó al pronunciar mi nombre.

—No —respondí yo secamente.

—¿Haces deporte? ¿Básquet o fútbol, quizás?

—No —volví a responder con un monosílabo.

—¿Te gustaría aprender a jugar al tenis? —insistió él—. ¿Eh, Dalia? ¿Qué te parece si yo te enseño a jugar al tenis?

—Me llamo Delia —me limité a decir, ignorando sus preguntas y observando los cambios que se producían en los horarios de la pantalla plana que teníamos enfrente.

—Perdón —fue todo lo que dijo Fresa Ácida. Y al fin, se calló.

Me dio la sensación de que aquella breve conversación había bastado para que Fresa Ácida, o Raque, como él había dicho que se llamaba, se llevara una clara impresión sobre quién era esa chica pelirroja que estaba sentada a su lado. Tenía que reconocerse que la tragedia de mi aspecto físico no era lo único que merecía una mención especial. Yo siempre había sido, además, la rara del grupo, y eso se me notaba a la legua. La que nunca hablaba con nadie porque no sabía de qué hablar. La que apenas sonreía por culpa de su dentadura colosal. La que nunca tenía gracia contando chistes. La que nunca le encontraba la gracia a los chistes de los demás. La última en la que, por descontado, se fijaría cualquier chico. Y eso solo si no tenía un televisor con el que entretenerse.

No es que me molestara todo lo que yo era. De ninguna manera. Hacía tiempo que me conocía muy bien y que había aprendido a aceptarme a mí misma. Lo que me molestaba era que de vez en cuando tenía que toparme con alguien que parecía no percatarse de mis especiales desencantos ni de mi evidente falta de atractivo, tanto en el aspecto físico como en el de la personalidad.

El teléfono móvil empezó a sonar dentro del bolsillo de mis pantalones piratas y eso me sacó de mis pensamientos y me dio una excusa para ignorar por completo al chico sentado a mi derecha. Es una lástima, pero tengo que confesar que esas eran las únicas alegrías que podía proporcionarme en aquellos momentos una llamada de mi madre. Porque, ¿quién iba a ser sino ella?

—Hola —respondí al teléfono en un tono neutro. No quería que nadie de mis alrededores supiera que, justo tres escasas horas después de despedirme de ella, mi madre ya estaba ansiosa por ponerse en contacto conmigo.

—Fidelia, ¿dónde estás? ¿Estás ya en el avión?

—Si estuviera en el avión, no habría podido contestar a tu llamada —le expliqué a mamá armándome de paciencia. A mi izquierda, la chica de la melena leonina y los ojos azules se había quitado los auriculares del ipod de las orejas. A mi derecha, Fresa Ácida le ofrecía un chicle a la chica de mi izquierda. La chica aceptó con una sonrisa. Se presentaron. Raque y Emma. Raque se levantó y besó a Emma en las mejillas. Raque volvió a sentarse a mi derecha. Mi madre me estaba diciendo algo al otro lado del teléfono. Yo no había estado escuchando muy atentamente pero ni siquiera me molesté en hacerle repetir lo que había dicho—. Todavía estamos en el aeropuerto, en Barajas —le comenté—. El avión tiene que salir dentro de un par de horas más o menos.

—¿Ya has comido algo, cariño? —me preguntó mi madre—. Debes de estar muriéndote de hambre. Tendría que haberte preparado un par de bocadillos para llevar. ¿Qué vas a comer?

Dichosos teléfonos móviles. Aparatitos indeseables que padres y madres metían en las mochilas y bolsillos de sus hijos para tenerlos controlados en cualquier momento. Yo había sido castigada con el mío hacía apenas unos meses y todavía no estaba acostumbrada a él. Era una de mis posesiones más odiadas; tal vez si hubiera tenido alguien a quien enviar mensajes de texto y hacer llamadas perdidas para dar las buenas noches lo hubiera recibido con más ilusión.

—No lo sé, mamá —solté de repente, con un tono de voz más bien subido. Mi madre me ponía más nerviosa de lo que ya estaba. Y entonces me di cuenta de lo que había dicho. Había soltado la palabra que no quería soltar. La pa-

labra más prohibida de todas en aquel particular entorno. Había dicho «mamá».

Fresa Ácida me miró de reojo y, por la cara que puso, supe lo que estaba pensando: «la pelirroja solo es una cría». A mi derecha, la chica del pelo leonino clavó sus ojos azules en los míos y me dedicó una sonrisa cargada de algo parecido a la compasión. Genial: todavía no habíamos dejado el aeropuerto y yo ya les estaba dando pena a mis compañeros de viaje.

Me levanté de repente, dejé la mochila de Surreal Summers sobre el asiento en el que me había sentado y me alejé lo máximo posible de toda la aglomeración de mochilas rojas. Mi madre seguía hablando desde el otro lado del teléfono y yo de vez en cuando soltaba algún tipo de gruñido para que la pobre mujer creyera que la estaba escuchando. Sentía los ojos de los demás chicos y chicas clavados en mí. En un momento dado, estuve a punto de darle las gracias a mi madre por hacerme sentir la criatura más ridícula e infantil que había existido jamás en nuestro planeta, pero fui capaz de contener mi mal humor y no dije nada. En aquellos momentos, lo último que necesitaba mi madre era que su única hija fuera cruel con ella.

Dejé de caminar en círculo y dejé de escuchar las apresadas palabras de mi madre, que, al otro lado del teléfono, seguía recitando por enésima vez toda una lista de vanas advertencias de las que yo posiblemente me iba a olvidar por completo nada más poner los pies en Escocia. Entonces vi que alguien me miraba fijamente desde uno de los anchos cristales que separaban las salas de espera de la terminal. La chica del cristal tenía cara de pocos amigos. Su pelo flotaba alrededor de su cabeza como una llamarada enfurecida. Su camiseta de tirantes de color negro formaba arrugas desiguales a lo largo de su torso. Sus pantalones piratas, también negros, querían esconder sus raquílicas piernas pero no llegaban a disimular la desproporción de sus rodillas. Al menos, sus zapatillas deportivas Converse

All Star de color rojo eran lo suficientemente altas para no dejar al descubierto el chiste de sus tobillos.

Patético y fiel reflejo de mí misma. ¿Quién eres? ¿Qué haces?, tenía ganas de gritarle a la chica del cristal. ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué no te ha engullido la atmósfera aún? Simultáneamente a mi ataque de rabia y desconsuelo, mi madre todavía seguía con su asfixiante monólogo pero yo decidí que había llegado la hora del cambio y corto.

—Mamá —le dije—. Tengo que colgar. Están repartiendo bocadillos.

Ni siquiera le di tiempo para contestar. Pulsé el botón rojo del aparato, luego pulsé el botón de apagado y vi como la luz desaparecía de la pantalla y el chisme en cuestión se volvía un ser aburrido y sin vida. Volví a metérmelo en el bolsillo y me hice el firme propósito de mantenerlo en OFF tanto tiempo como me fuera posible. Acto seguido, suspiré y me armé de valor para volver a enfrentarme a mi inquietante realidad.

No había mentido a mi madre cuando le había dicho que estaban repartiendo bocadillos. Supuse que aquellos diminutos sándwiches eran cortesía de la compañía aérea, que llevaba horas haciéndonos esperar sin dar ningún tipo de explicación. Volví a mi asiento y esperé a que alguno de nuestros monitores llegara con las provisiones. Un bocadillo de pan de molde y una bolsa de patatas fritas para comer, y una lata de refresco o una botella de agua mineral para beber. Crucé los dedos para que hubiera bocadillos de queso. En aquellos tiempos, cruzaba los dedos por cualquier cosa.

Nos acompañaban tres monitores. Un chico y dos chicas. Una de las chicas parecía un poco más mayor que los otros dos. Se llamaba Ángela y era más bien bajita y llevaba su pelo castaño claro recogido en un moño con forma de ensaimada. Vestía vaqueros y una camiseta de manga corta de color marrón.

Tal vez era porque se dejaba dominar por un alto sentido de la responsabilidad, o tal vez porque era la primera vez que hacía esa clase de trabajo, pero el caso era que Ángela daba la sensación de estar incluso más nerviosa con la perspectiva de aquel viaje que gente paranoica como yo misma.

Luego estaba Cruz. Cruz tendría poco más de veinte años, veintidós o veintitrés quizá. Era mucho más alta que Ángela y estaba mucho más delgada. Tenía el pelo largo y rubio y le caía sobre los hombros, formando ribetes en su espalda desnuda. Vestía una camiseta de tirantes azul y llevaba la parte superior del bikini debajo de ella. Su falda, tan corta que mostraba casi la totalidad de sus piernas bronceadas, había suscitado ciertos comentarios de mal gusto entre algunos de los chicos. Cruz iba de un lado para otro y siempre sonreía; supuse que en el cursillo para convertirse en monitora de verano le explicaron que tenía que pasarse el rato con la sonrisa en los labios.

El tercero del clan de los monitores era Tristán. Tristán era sin duda el más joven de los tres y no aparentaba tener mucha más edad que algunos de los chicos que estaban a su cargo, tendría unos veinte años más o menos. Se había pasado la mañana llevando gafas de sol y hablando con la mayoría de las chicas. Bueno, más bien eran las chicas las que hablaban con él. Su sonrisa permanente era casi tan exasperante como la de Cruz, aunque parecía un poco más sincera. Creo que era el único de los monitores que se lo estaba pasando realmente bien, el único que no hacía ese trabajo solo para poder disfrutar de unas vacaciones pagadas. Su pelo, de color castaño oscuro y minuciosamente desordenado, parecía no haber conocido nunca los beneficios del peine y el cepillo. Como complemento adicional, una especie de tupé inclinado hacia la izquierda se elevaba hasta cuatro centímetros por encima de su frente. Tristán llevaba puesta una camiseta de manga corta de color blanco que contrastaba con el color bronceado de la piel de sus